

no jugaba porque no queria hacer bancarrota en alguna deuda de honor.

Se empezaba á murmurar que debia á Dios y al diablo; pero sus amigos atribuian sus deudas á la negligencia que observaba en todo. Segun ellos, si debia era porque se olvidaba de pagar.

XII.

DONDE OCTAVIO BUSCA SU DAMA DE PALOS.

La mascarada estaba deslumbradora; se habian agotado todos los símbolos: el ángel del amor se codeaba con el de las tinieblas; habia un Asuero, un Sarcófago, un Obelisco, una Noche y una Mil y una Noches; un imbécil se habia disfrazado con un traje especial para fingir que era un sábio. Habia una Tempestad, una Borrasca y una California, á la cual todo el mundo pedia en matrimonio. Habia Increibles, Moros, Velledas, Arrepentimientos, Diablos-Hembras y Muñecas.

Pero lo que metió ruido en el baile, despues del juego de cartas, fué la entrada triunfal de un cortejo de cochinchinos llevando sobre un palanquin la emperatriz de la China.

Todo el mundo se figuró que era la china del señor de Parisis.

En vano Octavio corrió todo el baile para ver si encontraba sus naipes: las cuatro damas habian desaparecido. En vano preguntó á todo el mundo: ninguna de ellas se habia quitado su máscara. Los que

habian intentado jugar ó bromear con ellas, habian sido tratados como lacayos: todo el mundo pretendia saber el nombre de aquellas máscaras; pero nadie lo adivinaba. Era la primera vez que las mujeres guardaban bien su secreto. Por mas que hubiesen partido, el baile conservaba (escepto para Octavio) toda su alegría y su fisonomía propia. Encontró á Monjoyeux y hablaron de tonterías como en el baile de la Opera.

Cruzó un dominó azul y Octavio reconoció en ella á una marquesa amiga suya.

—Bella marquesa, le dijo, acaso tu ramillete está relacionado con el color de tus cintas?

La marquesa no contestó.

Octavio dijo:

—Yo esperaba que ibas á contestarme con alguna tontería.

—Nó, porque las hago hacer.

La señora de Pontchartrain pasó disfrazada de Firmamento y se detuvo frente á Octavio.

—Qué tal me encuentras?

—Bella como el día.

—Entonces no me conoces.

—Bella como la noche. Ya ves que te conozco.

La señorita de Chantilly pasó disfrazada de Pia.

—Ah! querida mia, le dijo Parisis, porque adoptais este plumaje? Esto no disfraza. Os reconozco á la primera frase.

—Habeis perdido una hermosa ocasion de callaros.

—Y vos, la habeis encontrado.

Una mujer tuvo el talento de disfrazarse con las modas de hoy sin exagerarlas.

—No es cierto, señores filósofos, que mi trage no viste? me visto con tanta facilidad...

—Tú hablas por antífrasis.

La moda del dia levantó su seno sobre la gasa como Vénus sobre la ola.

—Hé aquí un seno que se va á pique.

—Nó, porque aun flota.

—Hé aquí, dijo Parisis, una mujer que ha pasado el puente levadizo del barrio de San German. Mirad sus manos. Vienen de las cruzadas.

—No te parece que en el camino se cruzaron con las de tus abuelos?

—Retírate de mí, Estrella, dijo Monjoyeux á una mujer muy delgada que iba disfrazada de Alga Marina y que le lanzó este epígrama:

—Apartad, señor Martes de carnaval!

—No hay mas que una noche entre nosotros; mas nó la pasaré contigo señora Miércoles de Ceniza.

Apareció el príncipe Azul.

—Qué buscas? preguntó Octavio

—Una mujer perdida.

—Aquí, mi querido amigo, no es fácil encontrarla con señas tan generales.

—Hé aquí á la rúbia señora de... que era tan morena el año pasado; se conoce que ella ha tocado alguna caprichosa luna. Se ha vestido en música de Offenbach.

—Sí, va desarreglada como un papel de música.

Se echaban frases chispeantes á todo el mundo: verdad es que parecían mas bien sueldos de cobre que monedas de oro. No se sacaban del arsenal que habia en el palacio de Rambouillet. El fusil de aguja ha desmonetizado estas armas, que son tan corteses que no hieren.

Octavio se levantó para salir.

—Os vais, dijo Miravault, porque habeis empleado mucho corazon en vuestro juego.

—Os engañais, mi buen amigo, dijo Monjoyeux á Miravault: la dama de Espadas no ha clavado ninguna en su alma.

XIII.

LA DAMA DE PALOS Y LA DAMA DE ESPADAS.

Al siguiente dia por la tarde Parisis recibió dos cartas por el correo, como un simple mortal al cual no se le trata de embajador.

Hé aquí la primera:

«Estos bailes, estas fiestas, estos devaneos, no son como el poema de Goethe: todo danzaba en ellos: las ideas y los corazones.

»Reconocisteis á Margarita, oh Fausto?

»En el libro de la vida, como en el libro aleman, no habeis reconocido una señal en la página ESTÁ ALLÍ?

»UNA MARGARITA NO ENCONTRABLE.

»UNA DAMA DE PALOS QUE NO SE QUITARÁ LA CARETA.»

—Conozco esto, dijo Octavio: el enigma no se traduce facilmente en veinte y cuatro horas. Si es cierto que la noche trae consejo, es sobre todo en punto á mujeres. Mañana Margarita ya menos ofendida por el beso que dí en sus cabellos, cortará aun su pluma para escribir á Fausto.